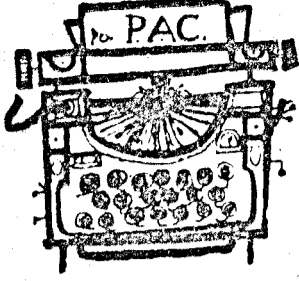


# escrito a máquina



Viaje en borrador

*Las Raíces*

*Al Aire....*

Debo dar excusas a mis lectores. Había escrito un artículo sobre mi viaje a través del Lago y del Río San Juan para visitar a José Coronel Urtecho en su hacienda Las Brisas. Aparte de la grata compañía, del diálogo —siempre encendido—, del navegar —que es la embriaguez del agua— y de la comunión con una naturaleza intacta, nutrida y poderosa, el viaje a esa mesopotamia ncaragiense me servía de pretexto para enfrentar dos actitudes vitales —dos actitudes que yo llevo en mí trenzadas en lucha— la del campesino que fui y la del director de un diario que soy; la del hombre de las soledades del lago y sus riberas y la del hombre metido en el epicentro de la agitación capitalina. Pero no me satisfizo. Rompí el trabajo de una noche.

Trataba de realizar una serie de contraposiciones entre las exigencias de esta vida excitada, rápida y superficial —a que nos somete la ciudad y sobre todo el periodismo, que es la esencia de lo urbano actual —y las libertades y ritmos de vida que ofrece el campo, sobre todo allí, en el prodigioso y olvidado Sur, con sus caminos líquidos y bajo el tutelaje del Gran Padre Lago.

Había leído, no una sino varias veces un pequeño libro de Romano Guardini: "CARTAS DEL LAGO DE COMO" y durante el viaje tomé muchas veces apuntes mentales recordando las reflexiones del extraordinario pensador alemán. Apoyado en él me hacía las preguntas que todos los hombres de este tiempo llevamos —confesas o no— en el regazo de nuestra angustia vital. Si el hombre de la ciudad —me decía— siente la necesidad de medicinarse con "el día de campo" ¿no estaremos equivocándonos en lo fundamental y la vida que ha inventado la ciudad moderna no será, al cabo, una enfermedad para la cultura y para el hombre mismo?

Naturalmente, la pregunta hecha así, un poco a boca de jarro, sin desarrollar —como yo pretendía— las terribles resonancias anti-humanas del trabajo y de la vida modernas puede parecer ficticia. Por eso rompí mi escrito. No llegué a expresar lo que deseaba. Eso que Guardini nos dice de que la vida necesita la defensa de lo inconsciente y que la vida de la ciudad moderna todo lo hace consciente, público, sabido y resabido...

En cambio el campo, con su atmósfera de tranquilidad, con su venturoso aislamiento ¿no será el hospital de nuestra Civilización ciudadana?

"Las plantas sólo pueden desarrollarse a condición de que sus raíces permanezcan ocultas en la oscuridad. Sólo si brota de la sombra puede la planta crecer hacia la luz. Este es el ejemplo, la orientación simbólica de la vida".

El hombre de la ciudad, perseguido por la radio y la prensa, ya no deja casi nada a la sombra. Por la prensa y la radio el hombre actual vive constantemente consciente de lo que sucede a su alrededor. Todo es fotografiado, analizado, desintimado. Ya no hay zona del mundo que no la tengamos presente día a día. La Historia diariamente se nos descubre cada vez más hondamente. Y sus vicisitudes, sus motivaciones, relaciones e intimidades van tomando posesión de nuestra conciencia con una profundidad creciente. La medicina, la estadística, la psicología... todas las ciencias que nos rodean y que solicitan nuestra atención están allí para hacer consciente hasta el último de nuestros actos. Es un progreso, no lo dudamos. Un avance. Pero pudiera serlo de cada materia en sí. Lo traumático es su ataque masivo, desde todas las posiciones y sobre todos los instantes vitales del hombre que, además, se ve empujado a una rapidez o velocidad de ritmo de vida jamás alcanzado por la humanidad.

"¿Qué significa todo esto? —se pregunta Guardini—. Recuerdo que un día cuando descendía las escaleras, en el momento de levantar el pie para colocarlo sobre el siguiente peldaño, en una fracción de segundo, tuve conciencia de lo que hacía. Me di cuenta al instante que yo abandonaba la confianza en el proceso muscular. Sentí que dudaba de mi propia facultad de caminar. Todo esto no es sino una bagatela sin importancia y sin embargo describe con exactitud lo que trato de explicar. La vida requiere la protección de la inconsciencia"...

Como la planta, toda vida ha de arraigar en el inconsciente, y de allí brotar al plano luminoso de la conciencia. Hoy todo se nos hace consciente. Mil instrumentos de la ciudad están dedicados a sacar de su sombra nuestras raíces. La raíz misma de la vida, lo más íntimo sale ahora a plena luz constantemente.

—¿Puede la vida soportar esta situación?

¿No estaremos secando la planta de la verdadera cultura humana?

Estas preguntas me las hacía re-viviendo las soledades y el ritmo lento y reposado del Gran Lago, del Río San Juan, de las tierras ganaderas y raicilleras de la casi olvidada Mesopotamia ncaragiense.

Y volví a mis interrogaciones. La gran cultura futura ¿surgirá —como surgió Europa a la Edad Media— después de la decadencia de la gran Urbe, por un irse o fugarse al campo y arrancar de allí las nuevas estructuras y el nuevo sentido humano?

¿Será el campo —o los que viven en él— los que al fin y al cabo podrán servirse de esta civilización en las dosis propias de lo humano, mientras los hombres de ciudad, cada día más secos, con sus raíces al aire, irán pereciendo en sus facultades creadoras y hundiéndose en la impotencia cultural?

Todo esto me proponía escribir. Lo hice. Lo revisé. Vi que había fracasado y lo rompí. Pero era necesario cumplir con el deber periodístico. Escribir. Llenar el espacio asignado. Y firmar mi propia impotencia ante la velocidad, mi verdugo.

Pablo Antonio CUADRA.